

Regreso al Futuro

por Zulma Reyó*

Llegó el Progreso y barrió los valores. Hoy, ante el momento en que nos toca afrontar la iniciación a un nuevo estado de conciencia, somos puestos a prueba en nuestra humanidad. Zulma Reyó nos narra, en este escrito lleno de sensibilidad, el tránsito hacia la decadencia y la oportunidad para la redención.

MI ISLA

Me parece verlo, sentirlo, revivirlo. Como si fuera ahora. Cuando era niña en mi isla caribeña estaba convencida de que las personas decían lo que sentían, o que al menos sentían lo que decían. Dicen que la niñez es la edad de la inocencia pero yo creo que era más que eso. Todo era mucho más sencillo. El trato era personal, directo y definido. Las personas eran honestas y sinceras. Lo notaba en el mirar húmedo y compasivo, en la frustración calurosa de quien no puede mentir y en la vergüenza del que sí miente. Lo sentía en el tierno compadecer de un compadre por otro. Aunque la vida era lejos de ser el paraíso romántico que se proclamaba en las novelas de la época, me sentía algo segura en mi pueblo y con mi gente. El afecto era palpable. Aun los odios eran cariñosos.

Todo cambió en la adolescencia cuando nos mudamos para los Estados Unidos. Aprendí lo que era la discriminación racial violenta y maliciosa a la recién llegada, cuando se supo que yo era puertorriqueña. Si no eras como los otros se te ridiculizaba de pequeñas e imborrables maneras. A los pocos meses de vivir allí rogaba a mis padres que hablaran en voz baja y preferiblemente en inglés. Era una tortura tener que usar los aretes de oro que había usado toda mi aún corta vida porque a las chicas norteamericanas les parecía extraño. Tardaría décadas en volver a reír a carcajada limpia. No podía gesticular al hablar, ni tocar las personas físicamente. Esos detallitos y tantos más todavía me traen

recuerdos dolorosos de cuando empecé a avergonzarme de mi cultura y de mí misma. Cuando empecé a esconderme, a cambiarme, a 'adaptarme'. Nunca pude ocultar mis emociones más profundas de mí misma. La sangre que corría por mis venas era demasiado caliente para eso. Pero aprendí a aparentar.

Jamás volvería al pasado, y aunque regresé a la isla muchas, muchas veces, nunca la sentí como la había vivido antes. Fue ella, mi isla, la que cambió. Aun más que yo. Víctima de la sociedad moderna en su camino hacia el futuro.

Puerto Rico fue hasta casi los '60 un vestigio anacrónico del siglo anterior. Mi generación aún guardaba la costumbre de 'chaperonas' —mujeres que polician sus hijas continuamente—. A mí no se me permitía ver un chico a solas, aunque yo me las ingeniaba de todas maneras. Tampoco se me permitía vestirme de *jeans*, ni conducir un coche. Esas eran costumbres demasiado 'gringas' (término negativo para los norteamericanos). Las 'señoritas' se comportaban de tal y tal forma y la reputación era importantísima. Todo el mundo se enteraba de lo que pasaba en tu casa. ¡Pobre del que tuviera ropa sucia! Las lenguas eran tan largas como la imaginación, pero al fin y al cabo todo se perdonaba. Creo que era parecido a lo que aún existe en algunas aldeas españolas remotas, tipo *Volver*. Las tradiciones victorianas de la vieja madre España eran la norma en mi tiempo, así como el trato humano cariñoso con el campesino, el mulato y el pobre.

Cuando regresé a mi isla después de muchos años encontré que las personas ya no eran las mismas. Ni tan siquiera la familia era la familia. Todo tenía un precio o una condición. El pueblo estaba cansado, tenso, irritado y consumido por el olvido de sí mismo. La gente estaba más rechoncha, viciada en farmacéuticos y en comida rápida. Las apariencias mostraban si no una sequedad emotiva un sentimentalismo exagerado. El formalismo comercial se había impuesto en el hogar y en las amistades. La pretensión y la hipocresía general usurpaban las mentes en consumismo frenético. La manipulación abierta, y la compra y venta de favores, eclipsaban los moribundos valores de mi juventud.

Hace tan sólo cuatro años, cuando ya vivía en España, en una de las varias ocasiones en que tuve que regresar urgentemente a Puerto Rico porque mi madre fue ingresada, yo tenía que ir al hospital diariamente con las sábanas y ropa limpia desde su casa. Vivíamos en un pueblo pequeño. El hospital quedaba a dos pueblos de distancia. No siempre encontraba quién me llevara y si lo conseguía era con mala onda, teniendo que tragarme reproches y quejas de mis familiares o amigos. Muchas veces tomaba un ómnibus público. Recuerdo un día en particular que era fiesta y no había transporte. Desesperada, me planté en la carretera y levanté el dedo. Pasaron muchos coches. Muchos. Al final, y tímidamente, me recogió un hombre en un coche viejo y destartado que apenas iba a 30 km por hora. Y aquel día fue un privilegio, porque ese digno caballero me tocó el alma con su sencillez y me recordó lo que es la humanidad. Era obviamente pobre pero no quiso aceptar pago aunque se desvió bastante de su camino para llevarme. Era un señor de aquéllos. De los de mi niñez. De los que ya casi no se ven.

LLEGÓ EL PROGRESO

¿Qué pasó? El Progreso. El que se cuele por todas las aperturas, recovecos y manifestaciones de la existencia anunciando maravillas. El que viene con el dinero, acompañado por el poder, la conquista y el ansia de dominación. El que se dicta en el idioma predominante del mundo entero. El que se impone mediante la apariencia de democracia. Ese progreso que hoy se extiende por casi todo el planeta. El progreso del futuro que llegó.

Llegó con escarcha y flores plásticas a pesar del llanto y

del sufrimiento de tantos, a pesar de la furia impotente de otros, y de la angustia subyacente del que siente su humanidad. Llegó y corre descaradamente sin remordimiento, sin importarle el dolor del abuelo abandonado en el asilo. Porque estamos hablando de la herencia del pasado, de valores universales que queremos olvidar. **Así como yo traté de no ser Yo, cada generación de cierta forma reniega de su esencia y muchos nunca la retoman. Terminamos dejando nuestro corazón donde encerramos al abuelo.**

La generación que me precedió había olvidado los límites de la realidad y optado por inclinarse hacia una fantasía indulgente tipo Hollywood con Doris Day y Rock Hudson, o hacia la manifestación contra guerras interminables y cada vez más violentas. La mía, por su parte, reemplazó el sentimiento por el intelecto. Como si esto no fuera suficiente para el colectivo humano, que fue perdiendo los valores esenciales, **la generación actual parece ignorar el sentido profundo de la intimidad y del contacto personal que hacen valorar la vida ajena. Nadie se atreve o se molesta en tomar acción.**

LA INICIACIÓN COLECTIVA

Basta. Los que somos mayores reconocemos el toque maestro de la Vida. Sabemos que todo es una oportunidad para el crecimiento interior y exterior, aunque éstos no vayan mano a mano. **Reconocemos la cara de lo que en términos ocultos se define como 'Iniciación colectiva de la humanidad', y que en lenguaje sencillo es una transformación masiva o un salto cuántico en concienciación.** Envuelve a todos y concierne a la humanidad entera. Consiste en experiencias y pruebas que nos hacen confrontarnos con valores universales y leyes esenciales. Con la Impotencia. No todos pasarán la Iniciación que se nos ofrece ahora, pero los que la





pasen lo hacen por todos. Lo que está ocurriendo poco tiene que ver con las apariencias, sino que es la consecuencia de estados de ser automáticos e inconscientes. Hay mucho más en juego que soluciones materiales. Estamos por aprender Conciencia y el uso apropiado de nuestros poderes y facultades. Lo que cuenta en estos momentos no son los efectos materiales de nuestras acciones, que siempre son y serán inciertos y de corta duración. Que de cierta manera no importan. **Lo que cuenta son los efectos psíquicos de nuestro comportamiento, la emanación de esa cualidad humano-divina, el núcleo de nuestra Humanidad. Esto es lo que resuena y abre puertas.**

Demasiados quedan prendidos a los efectos visibles e ignoran lo que se gesta en la profundidad. **La Iniciación de la cual hablo es en Humanidad. Se nos exige más de lo que creemos que podemos soportar, pero no es así.** En este momento de la historia se nos pide lo que parece ser imposible. *Que sintamos y que actuemos acorde.* Cada uno como mejor puede. Cada uno incomodándose, aunque sea un poco. Nuestro futuro como Raza depende de ello.

Me mudé a España porque es uno de los lugares del mundo donde aún existe solidaridad. Ya sé que también hay personas en otras partes. *Poquísimas.* Nos

falta el atrevimiento que es la fuente del coraje. El corazón no se expande sin quebrarse... mil veces. Pero muchos prefieren anestesiarse sin reconocer que el dolor sentido es el impulso que nos lanza hacia lo que importa: la Dignidad. Aquello que confrontamos en el fondo del fondo de los ojos cuando miramos al espejo y sabemos que hemos actuado bien.

¿Será que lograremos algunos aportar no muy tarde una parcela de humanidad, un pedacito de tiempo atemporal? Ese alivio que inspira y que facilita la verdadera libertad. **El progreso tiende a regresar al futuro para recuperar lo que se olvidó en el auge de la novedad y de la excitación del momento.** Digo: "tiende". Los resultados nunca son certeros, y los cambios no ocurren por su cuenta. Estamos repitiendo la *Mahabharata* y Krishna nos insta internamente en un susurro a la Acción Justa.

**Zulma Reyó es fundadora de la Escuela de Conciencia, el Centro de Alquimia Interior.*

Desarrolla programas para la aplicación práctica de la alquimia en individuos y grupos.

Contacto: zulmareyo@alquimiaiinterior.com

